



*La amante de Gardel*, de Mayra Santos-Febres

Lcda. Guimazoa Miranda

“Hay gente que puede limpiarle el alma a una muchedumbre entera; eso también es curar. (...) Y lo único que tiene que hacer es abrir la boca y cantar”. La novela “La amante de Gardel” de Santos-Febres, es un relato sobre sanadores y curanderas. Desde las comadronas ilegales, la bruja negra mayor Mano Santa, hasta la moderna doctora Martha Roberts de Romeu, los personajes viven en función de la sanación de otros. La historia que descubrimos en las páginas de este libro, es narrada por Micaela Thorné; una joven mulata que vive con su abuela en el rancho de campo de La Doradilla. Asiste a su abuela en la preparación de remedios medicinales, a partir de recetas transmitidas por generaciones de mujeres curanderas. Aprende de su abuela a identificar las diversas plantas a usarse y la manera de lograr sacarle provecho a las hojas seleccionadas. Es testigo de las propiedades sanadoras de los remedios naturales que, mezclados con aliento de la abuela y fe en los poderes invisibles, le ganan la distinción a su abuela bruja de ser solicitada por pobres y ricos para que los sane con su medicina primitiva. Y bajo la protección y auspicio de la Dra. Martha Roberts, la joven estudia enfermería en la capital donde su abuela atiende un puesto de hierbas traídas desde su rancho y brinda consultas de sanación en la Plaza del Mercado. Micaela también es una sanadora.

La reputación de Clementina de los Llanos Yabó, la curandera negra mejor conocida como Mano Santa, llevó a quienes trabajaban con el célebre cantante de tangos Carlos Gardel a procurarla en su humilde despacho del puesto de hierbas. Era la década del treinta. Gardel presentaba su música en diversos puntos de Puerto Rico. Corrían los



tiempos de la Gran Depresión; pero aun así en los espacios que habitaban los ricos, el lujo no escaseaba así como tampoco faltaban las actitudes prepotentes y discriminatorias explícitas hacia los de piel oscura. La preparación que Mano Santa hizo para El Morocho del Abasto –hijo de una francesa pobre y un padre desconocido de color más oscuro- lo devolvió al escenario luego de una dolorosa agonía en cama. Con una hoja de nervaduras oscuras y pelillos azules con olor a moho agrio, Mano Santa elaboró el conjuro sanador. Invocando a la Santísima Trinidad, por lo blanco, por lo verde y por lo azul. El “corazón de viento” comenzó a obrar su milagro de salud en El Zorzal Criollo, para que recuperara su vitalidad y su voz hipnotizante limpiadora de almas. Clementina requirió en el cuidado del paciente, la asistencia de su joven nieta Micaela. Pero le advierte, que no se dejara llevar por el cuento que el enfermo iría contando bajo el influjo de la hoja: “Cuidado con oír demasiado. Cuidado con quedarte pendiente de lo que el enfermo habla. La planta es un trance compartido”. Pero Micaela, no hizo caso de las advertencias de su abuela Mano Santa. Y como quien se rinde ante el poderoso hechizo de un relato de tradición oral, contado una y otra vez con la magia de lo legendario, Micaela conoció la historia de vida del Francesito; el Gardel pobre y marginado, sufrido y desventurado, que se abre paso con éxito en el mundo cantando una tristeza que se baila y a la que se le hace frente de cuerpo entero. Ese relato bastó para vincular el alma de Micaela Thorné a la de Carlos Gardel, incluso antes de que le permitiera vincularse a su cuerpo.

No fue sin embargo hasta aquella noche en que Micaela escuchó cantar en vivo a Carlos Gardel, en su presentación en el teatro Paramount, que realmente conoció su voz. Lejos del sonido sin fidelidad de los radios en el trasfondo de la noche ruidosa en su



cuartito del barrio Campo Alegre, esta voz era real. Al escuchar a Gardel esa noche, Micaela sintió que se le apretaba el pecho y se le hacía un nudo muy suave en la garganta. Al comentárselo a Gardel más tarde, él le diría: “Eso es un tango...esa sogá que te jala del cuello; eso que queda lejos, pero que tira por el camino del regreso siempre”. Esa nostalgia cantada, esa añoranza por lo perdido, le transmitieron a la joven una vulnerabilidad del bardo que la atrapó en una conexión intensa. De forma tal, que la hizo acompañarle en un viaje en automóvil durante varios días, por un Puerto Rico rural de caminos polvorientos y paisajes aun vírgenes de asfalto. Cruzaron la Isla por acantilados de aire salado y campos con olor a yerbas curativas, en los que muy pocas veces se había visto un automóvil. Durante ese trayecto recorriendo los teatros de la Isla, nos enteramos de la vida de Gardel desde sus recuerdos: su ruta al estrellato internacional precedida de una vida de privaciones en el barrio El Abasto de Buenos Aires.

Por el resto de la gira artística de Gardel durante veintisiete días, Micaela sería su amante. Gustosa abandonó sus deberes en el mundo que conocía. Sin embargo, lo que nunca abandonó fue el deseo de vivir aventuras distintas, de explorar rumbos propios, de abrirse paso entre todos los demás para medirse contra ellos. Nunca dejó de tener hambre de saber más. Surgían en ella no obstante sentimientos encontrados. Se preguntaba por qué no se contentaba con ser carne y nada más: solo la amante de Gardel. Se debatía entre escapar de su realidad por la salida fácil, valiéndose de coqueterías y contoneos cómplices o retomar lo que parecía una batalla perdida de antemano contra el destino que le deparaba su mundo a los seres como ella: mujer, pobre y negra. Sabía que en su mundo, su sobresaliente inteligencia y su heredado instinto sanador, poco importaban



para consagrarse como doctora junto a los grandes nombres de la época. Tal como implicaba el tango famoso que Micaela le escuchó cantar a Gardel en el Teatro Atenas de Manatí, “Por una cabeza”, Micaela pondera jugárselo todo por eso que alivia la amargura que es vivir; aun sabiendo que la posibilidad de perder es alta.

Micaela Thorné reflexiona sobre sus decisiones, al final de sus días. Con la claridad de pensamiento que parece proporcionar la consciencia sobre la cercanía de la muerte, se plantea un dilema existencial. Se pregunta si esos veintisiete días como amante de Gardel, fueron la única afirmación real vivida por ella de su condición de mujer. Si por otro lado, haberse quedado sola en la vida sin una pareja con quien compartir el transcurso de sus días, es aquello que reafirmó su condición de mujer. O si ser mujer en estos tiempos modernos, es un juego con la muerte; un pulseo contra el tiempo para llegar a una meta que nos esquiva. La narradora nos lanza una duda al final de su travesía, para que la pensemos: Ahora que las mujeres ya estamos liberadas de la tiranía del cuerpo, ahora que tenemos control de nuestra sexualidad, que dictamos pautas sobre nuestra reproducción, que somos dueñas de a quién damos nuestro cuerpo y por qué lo hacemos, ¿es ineludible que el viaje que recorremos en esta vida tengamos que hacerlo en soledad? ¿Es la soledad, el precio fijo a pagar por ser dueñas de nuestra femineidad? ¿Es imposible ser una sanadora y sanarse a sí misma de la agonía de vivir?